

Director Propietario
ALFREDO MELOSSI
Redactor
AUGUSTO G. THOMSON
Dibujante
SANTIAGO PULGAR

INSTANTÁNEAS DE

LUZ Y SOMBRA

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES

Por un año..... \$ 5.00
Por un semestre. 2.50
Número suelto.... 0.10
Id. atrasado 0.20

SEMANARIO ARTÍSTICO, LITERARIO, FESTIVO Y DE ACTUALIDADES

Año II

Santiago, Abril de 7 de 1901

Núm. 55

LOS 21

ESTUDIOS SOBRE ARTISTAS, POR AUGUSTO G. THOMSON

II

Pedro A. González

En nuestro rutinario mundo intelectual, entre esas gentes que piensan lo mismo, que sienten lo mismo, que visten lo mismo, y que se repiten y se aplauden las mismas vulgaridades; en ese círculo de vanidosos cursis, afiliados en la logia del bombo y del aplauso mutuo: allí, Pedro Antonio González es desconocido o es burlado; la ralea de los petimetres literarios, como petrificados en la guillotina de los altos cuellos y en la vistosa horca de los plastrones inconmensurables, los *enfant d'or*, eternamente envueltos en la beatitud de su superioridad y de su elegancia, no pueden perdonar que el poeta bohemio, en vez de buscarlos los desprecie, en vez de admiración les consagre lástima, impidiéndoles el placer de exhibirlo como un extraño poeta y un extraño hombre que ha saltado valientemente por todas las conveniencias sociales.

González ha temido imbecilizarse en el codeo de todos esos literatos por convicción ó por herencia ó por simple elegancia, ha huido de ellos, y ellos se han vengado no ungiéndole con el óleo de la popularidad: son ellos los que improvisan talentos, la crítica está monopolizada por ellos, cualquiera que anhele surgir deberá arrastrarse a sus plantas y besar la huella de sus pisadas, implorando la piedad de sus aplausos. En Chile, Pedro Antonio González apenas es admirado en un reducido grupo de artistas incansables exploradores de la belleza, que no se explican por qué al autor del *Monje* y de *Lucrecia Borgia* no se le ha señalado, en el parnaso chileno, el sitio de privilegio que le corresponde: porque, —yo sé bien que vais á abrir la boca, y me vais a tildar de loco, los que jamás habéis leído sus versos y apenas conserváis como un eco anónimo el nombre del poeta,—Pedro Antonio González, vale más ¡mucho mas! que la caterva de verseros que diariamente se disputan la atención del público.

Poco ó nada debe importarle al artista bohemio la envidiosa indiferencia de sus compatriotas; ser célebre en Chile es ser nadie en el mundo. En el parnaso americano su nombre está colocado junto al de Manuel Gutiérrez Nájera, al de Juan de Dios Peza y al de Salvador Díaz Miron.

¿Dónde se ha refugiado González en su huida de los altos círculos? ¡ah! ¡no! ¡jamás aplaudiré tampoco su existencia! es una estrella caída á la tierra, ha descendido demasiado; el discípulo de Víctor Hugo, como Paul Verlaine, prefiere leer sus versos á los garzones de café. Se le sorprende en cualquier parte fumando siempre, como soñando entre el humo de su cigarro; sobre la mesa carillas borroneadas y copas medio vacías. Si habláis con él, si tratáis de saber qué es lo que piensa del desarrollo artístico de nuestros últimos tiempos, os contestará que él no sabe nada, que él no se mete en nada, que él vive con su Víctor Hugo!

Han surgido muchas *glorias*, que él ignora; se han apagado muchos astros sin que él lo sepa; sin embargo, permaneced con él: cuando se convenza de que no sois espía de sus sentimientos, entonces os hablará con más confianza: á pesar de su alejamiento, sigue con interés la carrera de los poetas jóvenes...—la botella está vacía: ¡venga otra!—él os dirá lo que piensa de cada uno de ellos: los admira á todos, con esa magnanimidad de los grandes espíritus, pero si entre ellos deslizáis el nombre de una nulidad ruidosa, lo veréis reirse con tanta ironía, se iluminará con tal burla su pupila desquiciada, que os encontraréis avergonzados y confundidos.

González produce incesantemente; pero,—como nuestro notable pintor Alfredo Valenzuela Puelma,—es avaro de sus obras: las quiere para él, en un extraño capricho de avaricia que sorprende á los artistas cuando ya nada esperan de la censura ó del aplauso.

El libro *Ritmos* que entregó al público no hace mucho, fué coleccionado, página á página, por un inteligente admirador del poeta, que hizo una buena y grande obra á su patria.

Ultimamente se le iba á editar otro volumen. González desencajonó sus poesías, y viéndolas mutiladas por el polvo y por los ratones, se propuso refaccionarlas: una noche su mesita de labor, el suelo, los muebles, quedaron nevados por las carillas esparcidas... A la mañana siguiente, al volver el bohemio á su cuarto, no encontró nada del desorden de la víspera: una mano profana había puesto en su sitio los objetos con burguesa escrupulosidad.

La sirvienta de la casa acababa de arreglar la habitación... confundidos con las basuras, los versos habían sido arrojados al albañal.